

MARÍA TERESA PEREIRO

El tiempo de la sal

Galaxia Gutenberg



La presente obra ha ganado el XXV PREMIO TIFLOS DE NOVELA, convocado por la ONCE, otorgado por un jurado presidido por D. Andrés Ramos Vázquez, vicepresidido por D. Ángel Luis Gómez Blázquez y D.ª Imelda Fernández Rodríguez y compuesto por D. Luis Mateo Díez Rodríguez, D. Ángel García López, D. Manuel Longares Alonso, D. Luis Alberto de Cuenca Prado, D.ª Fanny Rubio Gámez, D. Ángel Basanta Folgueira, D. Santos Sanz Villanueva, D. Ángel Luis Prieto de Paula, D.ª Penélope Acero Cayuela, D.ª María Ángeles Pérez López, D.ª Care Santos Torres, D.ª Pilar Adón, D. José Ovejero Lafarga, D.ª Christina Linares del Castillo-Valero, D. Joan Tarrida Planas y D.ª Clara Barbero Penas, en su calidad de secretaria del jurado.



Esta obra ha tenido el apoyo para su creación del Ministerio de Cultura y Deporte a través de la convocatoria de las ayudas a la creación literaria correspondientes al año 2021.

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: mayo de 2023

© María Teresa Pereiro, 2023
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2023

Preimpresión: Fotocomposición gama, sl
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B 6404-2023
ISBN: 978-84-19075-49-9

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

*A ship in harbor is safe, but that is not what ships
are built for.*

[Un barco en el puerto está seguro, pero no es para
lo que se construyen los barcos.]

John A. SHEDD

A Padri y Lela
Viviréis siempre en mis historias

Mi cuerpo está hecho de sal.

La veo deslizándose por mis brazos, escondiéndose bajo la piel. La oigo si camino, sonajero vetusto encerrado en mi cuerpo. Hasta puedo saborearla cuando brota en gotas perladas que buscan la comisura de mi boca.

Incluso cuando no la oigo puedo sentirla, abrazando los músculos y los huesos, absorbiéndome. Pronto no quedará otra cosa de mí. Todo lo demás desaparecerá. Como agua de mar secada al sol.

EL TIEMPO

Fillo sin dor, nai sin amor.
[Hijo sin dolor, madre sin amor.]

Había nacido veintiséis años atrás. Lo había hecho despacio, como lo hacen los pobres, que vienen al mundo haciendo sufrir para aprender así lo que es el dolor.

Las molestias sorprendieron a la madre por la mañana, cuando Ginés salía hacia la escuela. Pero la verdadera sorpresa fue que el bebé tardara tanto en llegar: lo esperaban para el final del verano, y octubre ya había dejado sus primeras lluvias sin oír su llanto.

En el viejo reloj de la escuela, las manecillas parecían invertir su rumbo. Ginés las miraba de reojo: los pequeños dedos tamborileando de forma atropellada sobre la mesa, los pies removiendo el polvo, las respiraciones temblorosas desordenando el aire. Hasta que los minutos se consumieron y don Antonio dio permiso para salir.

El miedo empezó a rondarlo cuando alcanzó la playa. Aunque él no lo sabía, aquella sensación lo estaba protegiendo, preparándolo para un desafío aún desconocido. Llegó a los soportales jadeando, con la cara encendida y el corazón ahogado. La puerta estaba abierta. Se acercó y de la oscuridad emergió una sombra humeante que le paralizó las piernas. Su padre sostenía la pipa en una mano mientras se apoyaba en la escalera con la otra, mirándolo atónito, como si no lo conociera. El cuerpo del hombre temía, bailaba una canción arrítmica que nadie podía oír.

Entonces reconoció los alaridos que provenían del piso de arriba, y deseó que sus oídos fueran sordos para no oír el grito desgarrador en que se había convertido su madre, de la que no

quedaría más rastro que el bebé que nacía. Porque era imposible que volviera a ser la mujer sonriente que todavía lo arrullaba en sus brazos cuando se lastimaba. No. Aquellos gritos no eran fruto del júbilo, de la dicha que sucede a la espera, sino del dolor y el miedo. Y nunca había visto a su madre pasar miedo, ni siquiera cuando el barco de su padre tardaba demasiado en volver.

—No tengas miedo. Mamá se va a poner bien.

La voz provenía de su cuerpo, nacía de su boca, pero no parecía él quien hablaba. Miraba hacia fuera, hacia la ría, invocando en tierra la suerte que siempre lo había acompañado en el mar.

Un sonido nuevo irrumpió, un estallido limpio y enérgico que despertó al padre del mal sueño al que se había abandonado. Ambos volvieron la vista hacia los pasos que descendían pesadamente la escalera. La abuela traía la cara enrojecida y brillante, y gotas de sudor zigzagueaban por las arrugas de su cuello.

—¿Qué pasó? ¿Están bien? —quiso saber el padre.

La mujer atrajo un taburete hacia ella y se sentó dejando caer la espalda contra la pared.

—*Non foi nada* —dijo esquivando la mirada de su yerno, el gesto inequívoco de los que no saben mirar a la cara sin decir la verdad—. *Vin partos peores*.

El padre, confuso, observó a Ginés como si pretendiera encontrar dentro de sus enormes ojos el significado de aquella respuesta. El pequeño acudió en su ayuda:

—*É un neno?* —preguntó a la abuela.

—*Unha nena* —le contestó con una sonrisa—. *Éche ben feitiña*.

Granos de arena repiqueteaban en los cristales mientras el cielo se preparaba para recibir una tormenta que adelantaría la noche. Los llantos cesaron y una quietud extraña inundó la casa. La abuela enjugó con una manga el sudor que le entraba en los ojos y pidió a Ginés un poco de agua, pero él no podía oírla; miraba hipnotizado cómo su padre iba hacia la puerta para cerrarla: su cuerpo había menguado hasta convertirse en un eco del marinero que le contaba historias fantásticas cuando regresaba tras largas ausencias. Temió que se desvaneciera como las ondas que deja

una piedra arrojada al agua. No lo supo entonces, pero fue la primera vez que vio en él a un hombre vulnerable, en lugar del ser invencible que siempre le había parecido. Cuando se volvió hacia el pequeño, el padre tenía la cara cubierta de lágrimas que limpiaba con el dorso de la mano. Acercándose a él, se agachó y lo miró con una sonrisa inquieta.

—¿Quieres conocer a tu hermanita?

Sin esperar a que respondiera lo abrazó, le besó la frente y lo tomó de la mano, para desaparecer juntos por el hueco de la escalera.

—*E a auga?* —protestó la abuela—. *Este rapaz...* —dijo levantándose, resignada.

La lluvia golpeaba las ventanas con fiereza, pero el viento, conmovido, exhalaba una armonía de aullidos que alcanzaba cada recodo de la casa. En la habitación, media docena de piernas recordaban a troncos de árboles, sus ramas veladas por las tinieblas que el sol había dejado tras su marcha. Ginés permanecía quieto, amparado por las piernas de su padre, temeroso de ser descubierto. El corazón le latía igual que cuando corría detrás de las gallinas o jugaba a escapar de las olas. Alguien prendió un candil y los árboles se transformaron en los cuerpos y rostros que tan bien conocía. El padre avanzó, seguido con recelo por Ginés, que atisbaba la silueta de su madre tumbada en la cama.

—*Ven aquí* —le dijo ella, animándolo con un gesto.

El padre se apartó y al fin pudo verla con claridad: no parecía enferma, sólo cansada, y sonreía débilmente con los ojos entreabiertos, como hacía él cuando estaba a punto de quedarse dormido. El pelo suelto le llegaba más allá de los hombros en mechones ondulados que jamás le había visto, y algunos cabellos lamían su frente, todavía húmeda. Nunca le había parecido tan guapa.

La voz de la abuela quebró la monótona melodía de la lluvia:

—*Pasa pra diante, home!* —berró, dándole un empujón que lo hizo trastabillar.

Las risas le dolieron como una *labazada*; los murmullos confundían sus oídos. Durante los meses anteriores a la llegada del bebé, había pensado en su hermano como un amigo con quien pescar cangrejos en las rocas, con quien compartir los juegos que sus compañeros le vetaban. Pero no sabía cómo tratar a una niña. Inspiró profundamente y se acercó a la cama tirando de los puños de la camisa, conteniéndose para no salir corriendo escalera abajo. Deseaba abrazar a su madre, preguntarle por qué gritaba tanto, decirle que la quería. Sin embargo, decidió que era mejor darle un beso y dejarla dormir. Ya había alcanzado la cama y estaba apoyando las manos para tomar impulso y subirse, cuando ella lo detuvo:

—*Coidado, que a vas esmagar!*

El pequeño se apartó y vio el revoltijo de telas a su lado. Su madre las desplegó con delicadeza, y de entre ellas asomó una cabecita con un cabello rubio tan fino que un soplido hubiera podido desprenderlo. Los ojos no tenían cejas ni pestañas, no eran más que dos líneas abultadas, y la boca, un gusanito rosado sobre una barbilla diminuta. Pero lo que más le sobrecogió fue la nariz: bajo aquel pequeño bulto del tamaño de la yema de su pulgar se abrían dos agujeritos por los que costaba creer que entrara el aire. Era tan pequeña y frágil que temió que cualquier cosa le hiciera daño. Entonces pensó que, como sus padres y su abuela estaban siempre tan ocupados, tendría que ser él quien cuidara de ella. Y desde ese momento nunca la dejó de querer.

El padre se acercó y besó a su mujer en la frente.

—Ni uno más..., ¿me oyes? Ni uno más —sentenció.

La madre gesticuló restándole importancia, aunque sabía que era una de las pocas órdenes de su marido que jamás iba a desobedecer.

—Ginés, ¿cómo quieres que se llame? —preguntó el padre, inclinandose para ver a la pequeña.

—¿Yo? —contestó el niño, estirando de nuevo las mangas de su camisa.

El padre asintió, lanzando una mirada pícara a su mujer, que le devolvió un sonrisa.

Nadie supo dónde lo había oído. Ninguna vecina había sido bautizada con ese nombre, ni sus padres conocían mujer alguna que lo llevase. Se lo preguntaron, pero el niño sólo alcanzó a decir que le gustaba. A los seis años, Ginés era el alumno que todo maestro deseaba tener: despierto y educado, no había regla ortográfica ni unidad de medida que olvidara, podía situar en el mapa casi cualquier país y recitaba al dedillo cada oración. Por eso sus compañeros de clase lo llamaban «sabelotodo». Y por eso su hermana se llamó Sabela.

*Os mariñeiros traballan de noite,
coa luz da lúa. Dá gusto velos chegare,
pola mañá cedo, cheirando a frescura.*

[Los marineros trabajan de noche,
con la luz de la luna. Da gusto verlos llegar,
por la mañana temprano, oliendo a frescura.]

Todas las casas de la Ribera del Berbés estaban frente a la playa, pero sólo unas pocas miraban hacia el mar. Algunas llevaban toda la vida haciéndolo; la suya, apenas unos años.

Cuarta de los soportales y novena desde la bajada de la Real, era una de las últimas que los barcos veían al salir hacia el sur, cuando la fachada del matadero se convertía en la ruptura inevitable con la Ribera, el salvaje adiós hasta que los santos que gobiernan el mar decidieran si les permitían regresar a casa.

Todas las caras del barrio se habían detenido alguna vez bajo el dintel de su puerta, lugar de encuentro entre generaciones desde mucho antes de que Sabela naciese. Los hombres tejían cestas a la sombra de la arcada, cubriendo el camino con una alfombra áspera y crujiente de mimbre; los niños jugaban frente a ella, en la playa, hasta que dejaban de serlo, y las mujeres se cobijaban del viento y la lluvia bajo los soportales en las noches de temporal, aguardando con la esperanza encogida a que sus maridos emergieran de la oscuridad que se tragaba la ría. Sobre la tormenta, ningún ruido precedía a su llegada, y cuando los marineros abandonaban las fauces de gigante en que se convertía el mar, se miraban unas a otras, aliviadas, olvidando que pronto volverían a encontrarse en la misma puerta.

Aquella era su casa, el lugar al que todos siempre regresaban, la de las sábanas blancas y la ropa de colores que su padre divisaba al acercarse el barco en su venida. Fue así durante años, mientras la gente y el mundo cambiaban y sólo el mar permanecía.

Su padre se entregó al mar, pero lo había alumbrado la meseta. Antes de que trenes y automóviles intoxicaran la quietud de nuestras vidas con sus bramidos, arrieros maragatos salpicaban los caminos llevando pescado en sus carros hacia el interior. Germán pertenecía a la cuarta generación de una familia dedicada a ello.

Cuando conoció el pueblo no era más que un zagal de aspecto robusto y carácter reservado. Siempre detrás de su padre y de su abuelo, no hablaba a menos que fuera imprescindible, e incluso entonces lo hacía en un tono discreto, casi titubeante, como si temiera molestar. El paso a la edad adulta no moldeó su naturaleza ni atenuó su timidez, pero algo en él empezó a cambiar. Donde su padre y su hermano veían sólo polvo y piedras en las veredas, él veía crecer las montañas, reverdecer incluso el aire. Así, lejos de aburrir el camino y las caras que lo surcaban, Germán los esperaba con impaciencia, y en las noches anteriores a un nuevo viaje, los sueños se le llenaban de agua, olían a arena, sabían a sal. Era un navegante sin puerto, un marinero que aún no entendía que pertenecía al mar. En cada regreso dejaba atrás una mayor parte de sí mismo, hasta que no le quedó nada por lo que volver a casa. Porque su casa ya era otra. Cuando conoció a la que sería su mujer, el muchacho callado y diligente tuvo que hacerse oír para cambiar su rumbo. Desde entonces, nunca apartó sus ojos del mar.

Las bodas de los que nada tenían que perder al llegar al matrimonio se producían sin dotes ni acuerdos. Honradez e higiene personal eran las únicas garantías que unos padres necesitaban para casar a su prole. Pero Germán no había nacido a la orilla del mar, no había jugado a las rayas en la arena, ni se había dormido acunado por las olas en una *xeiteira* hasta que una bandada de gaviotas, lanzándose a por sus presas, lo despertaba para el siguiente lance. No era uno de ellos. Por eso sus padres tuvieron que aportar dinero a la familia de su futura mujer. Y por eso ningún vecino aceptó la invitación a la *caldeirada* de pescado y patatas que los recién casados ofrecieron tras la sencilla ceremo-

nia, vestidos con los trajes de domingo y la ilusión de quienes dan la bienvenida a una vida nueva.

Del lugar donde había nacido, Germán sólo se llevó la lengua en que hablaría a sus hijos y el recuerdo de una familia a la que apenas volvería a ver y, tras la boda, se instaló en la casa familiar de su mujer. El recibimiento fue cálido y su adaptación, esperanzadora, pero el dinero que tanto había influido en su buena acogida no servía para procurarle un trabajo, y empezó a desesperar.

Un sábado, reunió valor y se dirigió a la taberna. Ni el día ni la hora habían sido abandonados al azar, ya que en esa noche, pendida del sudor del viernes y encadenada a la piedad del domingo, los marineros se congregaban para recibir el dinero de los quñones que los armadores habían obtenido esa semana. A la playa asomaba el olor a caldo de nabizas con chorizo, a pescado asado y a carne *ó caldeiro*, invitando al caminante a la Real. Durante el día, era la calle de los consulados y los corredores de comercio, de las imprentas y las casas de vecinos ilustres. Pero al caer la tarde revelaba su verdadero rostro: vacía de cuerpos apresurados, el fulgor de sus faroles de aceite de oliva mostraba la piedra regada de agua sucia, los restos de comida y los ratones muertos.

A Germán le parecía que las voces y risas de las tascas manaban del mismo lugar, de la misma garganta, atrayéndolo y ahuyentándolo a un tiempo. Era la primera vez que abría aquella puerta siempre entornada, sólo intuida cuando ascendía la calle de camino al pueblo o cuando la descendía volviendo de la iglesia. Le pareció una cueva. El *luscofusco* que entraba por la ventana apenas perfilaba las aristas de las mesas, las siluetas de los marineros. Permaneció inmóvil hasta que reconoció el mostrador. Estaba custodiado por la mesonera, una mujer prematuramente envejecida por la viudez, como casi todas las que regentaban las tabernas. Una profesión para cada circunstancia, para cada humor. El de los marineros, domado por el silencio en el mar y el arrullo de las ondas, era sereno y taciturno. Germán sabía que estaría a gusto entre ellos. Y también sabía que no iba a

ser bien recibido. Su llegada provocó una ola de susurros y miradas que lo confinaron en una mesa vacía. Pidió un vino, pero no lo llegó a probar. Se quedó unos minutos con la vista hundida entre sus dedos tamborileantes, sintiendo como agujas los ojos que lo escrutaban, repasando las palabras y los gestos, decidiendo el idioma, buscando incluso la entonación adecuada. Cuando creía dar con una buena combinación, la inseguridad lo devolvía al punto de partida. Tras desechar todas las opciones se levantó, pidió unos higos y se acercó a un grupo de marineros.

–*Aí ven o que anda por onde pisa o boi* –anunció con sorna uno de ellos.

–*Boas noites* –dijo el forastero.

–*Boas noites* –le concedió alguno con desgana.

–Quisiera invitarles a unos dulces. –Dejó los higos sobre la mesa y añadió–: Y ofrecerme como aprendiz.

Evaristo, el patrón, se levantó mirándolo *en fite* y señaló los higos.

–*Cres que nos vas comprar con esta merda?*

Sin darle tiempo a contestar –si es que tal idea rondaba la mente de Germán–, se dirigió a un marinero fornido pero de apariencia dócil que, con los ojos fijos en su *cunca* de vino, parecía uno de los pocos hombres ajenos a lo que sucedía:

–*Ti, Domingos, que anos tiñas cando empezaches de rapaz?*

–*Eu?* –Resopló, tratando de recordar–. *Tería sete ou oito.*

–*E ti, Perfecto?*

–*Eu, des, Evaristo* –contestó con presteza el *talelleiro*, como queriendo corresponder a su nombre.

–*E ti, Manoel?* –preguntó a un hombre que, desde la mesa contigua, no perdía detalle de la conversación que el recién llegado había entablado con los marineros.

–*Eu comecei aos catorze.*

–*Carallo!*

–*O morbo* –resolvió el portugués, atrayendo los fantasmas del cólera que años atrás había barrido buena parte del litoral, ignorando fronteras y condiciones sociales.

—*Xa ves, labrador, aquí todos somos mariñeiros. Ti marcha por onde viñeches* —sentenció el patrón, apartando de un manotazo los higos que languidecían sobre la mesa.

Germán se fue sin arriesgarse a pronunciar otra palabra, dando la primera de sus batallas por perdida. Tras su retirada, la taberna regresó a su armonía habitual.

Todo había quedado olvidado cuando siete días después volvió, nervios templados y determinación renovada, portando el mismo discurso. Al verlo, el patrón de la *Santa Mariña* disfrazó su sorpresa de indiferencia y le dirigió apenas dos frases, suficientes para que el intruso pareciera darse por vencido.

El tercer sábado, Evaristo se acomodó en su silla cuando lo vio llegar, preparado para un momento que llevaba esperando toda la semana. Pero el advenedizo cambió su estrategia y recurrió al patrón de una embarcación de menor calado, que lo despachó con mejores modos. Semana tras semana, un patrón diferente le ofrecía por respuesta la misma negativa. La expectación crecía, propiciando la aparición de bromas y refranes que el vino nutría sin piedad. Incluso se hicieron apuestas sobre cuánto duraría la paciencia del foráneo.

Tras cinco días de tormenta, que recluyeron a los marineros en tierra, la noche del último sábado del mes de agosto nació prodigiosa; sin embargo, el aire permanecía cargado de agua, como si las nubes se la hubieran olvidado al marchar. Germán subía la Real envuelto en aquel calor húmedo y asfixiante al que su cuerpo no lograba acostumbrarse. Mientras sus pies lo acercaban a la taberna, su cabeza viajaba hacia otro lugar, hacia otro tiempo, a las noches de verano en su casa, cuando el sol concedía unas horas de tregua antes de volver a reinar sobre la llanura castellana. Pensaba en la voz de su madre y en las risas de sus hermanas, en el olor de su padre y en las bromas de su hermano, para obligarse después a alejar su recuerdo, como el que espanta una mosca de un manotazo.

Su corazón batía con rabia cuando irrumpió en la taberna con la mente turbada y los ojos inyectados en imágenes de las que no conseguía desprenderse. Los gestos de desprecio de su suegro ha-

bían terminado por abatirlo, pero el dolor que lo ahogaba nacía de las lágrimas de su mujer, que acababa de descubrir que iba a ser madre.

—¡No me pienso mover de aquí hasta que alguno me contrate como aprendiz!

Germán, firme ante los marineros, con los puños apretados y la boca rígida, los desafiaba a que lanzaran una nueva afrenta. Ellos lo miraron embebidos de asombro y desconcierto, lo cual lo llevó a creer que el silencio que habían provocado sus palabras se debía al nacimiento de un respeto, tal vez al despertar de una admiración. Aunque sólo duró un instante; porque en verdad había en ellos cierta consideración, pero también una curiosidad mal digerida que, agitándoles el estómago, derribó los obstáculos impuestos por el decoro y ascendió convertida en una convulsión que hizo tambalear las paredes de la caverna. Germán los vio retorcerse, golpear las mesas con la mano; algunos incluso parecían llorar. Sus ojos lo percibían, pero él no quería entenderlo: se había convertido en un chiste entre borrachos y no se había dado cuenta hasta entonces. Sintió ganas de abalanzarse sobre ellos, de asegurarse de que lo recordaran como a un hombre y destrozar el local. Sin embargo, los puños permanecieron inertes y la boca se deformó en una mueca incrédula: sus fuerzas lo habían abandonado. Ya enfilaba hacia la salida, dispuesto a desaparecer para siempre del lugar, cuando una voz hizo amainar las risas:

—*Que veña mañana.*

Aquellas palabras lo abrazaron como una madre, y a punto estuvo de echarse a llorar. Se recompuso y se dio la vuelta para ver al dueño de la voz que tan bien conocía y habría de conocer como la suya propia durante los años en que pescarían juntos. Evaristo avanzó hasta él arrastrando los pies y lo escudriñó como el ganadero que examina reses en la feria.

—*A ver canto dura* —dijo para sí.

Y se marchó, dejando un silencio que nadie se atrevió a romper hasta que el foráneo siguió los pasos de su patrón y se perdió en la noche.

Nadie creyó que resistiría el primer día. Ni siquiera el primer lance. Cuando navega por primera vez, a merced de las olas, el cuerpo rechaza el nuevo entorno: la cabeza da vueltas y los ojos buscan un punto inmóvil sobre el que posar la vista, los pies se convierten en torpes apéndices de unas piernas incapaces de mantener el equilibrio y las entrañas se revuelven como si quisieran emanciparse. Pero Germán era un marinero en busca de su ría, por eso cuando se subió a la *xeiteira* sintió que había llegado a casa.

La *Santa Mariña* era una bonita lancha de casi nueve metros de eslora y tres de manga. Redondeada en el centro y afilada hacia los extremos, su simetría, típica de las *xeiteiras*, creaba la ilusión de un barco sin popa. La cubierta se extendía desde la proa hasta la mitad de la embarcación, donde se reducía a dos estrechos corredores laterales que se encontraban en la popa, dibujando una bañera con forma de parábola. El rancho de proa era refugio en las largas horas de espera entre lances y, en algunas *xeiteiras*, dormitorio del *rapaz de a bordo*, que yacía cada noche sobre un jergón de *follato* y al abrigo siempre exiguo de las mantas, solo o acompañado por su madre, hasta que otro ocupaba su lugar. Bajo el sol, la *Santa Mariña* era una más entre las incontables barcas que navegaban la ría, pero cuando bailaba sobre las olas en las noches de luna, su vientre alquitranado resplandecía como un pez, libre y salvaje.

Desde que pisaron la playa, los marineros trataron a Germán con la frialdad que él había previsto. Pero nada distraía sus ávidos ojos, capaces de advertir al detalle los movimientos que se sucedían a su alrededor. Porque sabía que si quería formar parte de la tripulación, debía asimilar en una jornada lo que algunos tardaban años en aprender.

La red del *xeito* la componían cinco paños rectangulares de grandes dimensiones con mallas en forma de rombo por las que debía caber el dedo de un hombre. Cada pieza se ataba a la siguiente por su lado más corto usando pequeñas cuerdas, los *matafións*, y sendas trallas discurrían por los lados superior e inferior del conjunto: la primera, engastada de *cortizas* que empujaban

hacia la superficie; la segunda, de *chumbos* que servían como lastre. Así se mantenía el arte estirada dentro del agua, y gracias a las boyas que se unían mediante cabos a la tralla superior, flotaba a la profundidad deseada.

Desde la arena, Ovidio, con su inseparable boina –la cual no lograba esconder una calvicie prematura–, le pasaba red a Domingos, que desplegaba la malla y se la tendía por la popa a Manuel Carrera, el *halador*, a quien su apellido perseguía como una sombra para distinguirlo de sus tocayos. Este le anunciaba la llegada de los cabos a Perfecto, quien anudaba los *boureis* que le facilitaba Xulián, el *rapaz*. Finalmente, Evaristo plegaba la red sobre la cubierta, con la tralla de plomos a babor y la de corchos a estribor.

Era una tarde de encalmada y el trayecto transcurrió en silencio, sin burlas ni reproches, roto solamente por el sonido de los remos y la proa abriendo el agua. Ya habían dejado la isla de Toralla a sus espaldas, cuando a lo lejos divisaron algo: un torbellino de lomos que refulgían bajo los últimos rayos de sol. A una lacónica orden del patrón, los tripulantes de la *Santa Mariña* remararon hacia el lugar donde una docena de arroaces se precipitaban una y otra vez sobre un banco de peces. A Germán le maravillaron aquellas criaturas; trataba de ocultar su emoción, pero su boca perfilaba una sonrisa que no sabía borrar. Aunque la irrupción de la *Santa Mariña* espantó a alguno de los delfines, la mayoría continuaba su banquete. La *xeiteira* aún no se había detenido del todo cuando los marineros levantaron los remos y la emprendieron a golpes con los animales, que huyeron de forma atropellada. Evaristo, interpretando la mirada entre sorprendida y horrorizada de Germán, aclaró:

–*Molestan pra pescar. E acaban coa sardiña.*

El tono del patrón no dejaba espacio para la crítica, y los marineros pensaron que el forastero podía sentirse satisfecho de haber recibido una explicación. Pese a que ninguno de ellos había osado contradecir a Evaristo, todos sentían una mezcla de suspicacia e incomodidad ante la presencia de Germán. Por eso más de uno sintió alivio al oír su réplica, creyendo que sería la última.

–Pero arreándoles así también la espantan. –Tomó un remo y dio un pequeño golpe a ras del agua–. Si sólo les tocamos un poco el lomo, se irán sin asustarse tanto.

Evaristo miró al resto de marineros, que habían seguido la conversación con disimulo mientras preparaban la red.

–*Veña, que non temos toda a noite* –zanjó, seguro ya de que Germán formaría parte de su tripulación.

Dejaron el barco a tenor de la corriente y Manuel Carrera acercó la red a la popa.

–*Santísimo Sacramento* –recitó.

–*Todo o malo vaia pra fora, todo o bo veña pra dentro* –continuaron el resto con solemnidad.

Germán observó lo que hasta aquel día sólo había visto en su imaginación. Manuel Carrera largó el primer paño, el que llamaban *cuartel de rabo*, mientras Ovidio y Domingos le ayudaban extendiendo bien el siguiente. Los plomos tiraban de la red tratando de hundirla, y uno a uno, los paños iban desapareciendo en el agua. Ya los separaba del *rabeiro* casi un tercio de milla cuando largaron la última pieza, el *cuartel de man*, donde los *matafións* no enlazaban una nueva tralla, sino que se prolongaban hasta una gaza, de la que partía una cuerda gruesa: la beta de las redes. Perfecto terminó la maniobra asegurándola al carro, una especie de roldana de más de medio metro de ancho que se acoplaba a la popa.

Las corrientes mecían suavemente los paños, guiando a las boyas de corcho en un baile hipnótico que Germán contemplaba hechizado. De pronto, una boya del *cuartel de man* se estremeció: habían atrapado el primer pez.

–*Alabado sea Dios!* –agradeció el patrón.

–*Para sempre* –contestaron los marineros.

Aquellas palabras establecieron la veda de silencio en la *Santa Mariña*, o eso le pareció al recién llegado: durante las tres horas que las redes anduvieron al garete, la tripulación no sabía callar; desde luchas contra temporales hasta escarceos amorosos en al-

deas vecinas, pasando por refriegas con los labriegos y encuentros con aparecidos, las historias se sucedían sin miedo a agotarse. Así, además de aprender cómo se pescaba en una *xeiteira*, Germán también aprendió aquella noche que a las mujeres feas y escuálidas las llamaban «esperpentos», que el alcalde del pueblo gozaba de nula popularidad entre los marineros, y que estaba prohibido mencionar al padre Miguel o a cualquier otro sacerdote. Si, en un descuido, alguno lo hacía, debía *tocar ferro*, por lo que corría a proa y golpeaba el rizón. Pese a la cháchara, siempre había al menos dos ojos vigilando la línea de *boureis* que ondeaba sobre el mar a la luz del farol.

Eran cerca de las once de la noche cuando Manuel Carrera dio el aviso:

—*Isto está, patrón.*

La red se hundía en el agua, colmada de sardinas que forcejeaban inútilmente para liberarse de las mallas. Manuel Carrera tiró por la beta hasta que el *cuartel de man* estuvo al alcance de Domingos, y con la ayuda del carro, este y Germán fueron introduciendo la red en la embarcación, arrastrando a cientos de peces hacia su último suspiro.

—*Vai con Dios!* —exclamó el patrón.

Y así, como el sacerdote cuyas palabras acallan los murmullos previos al sermón, Evaristo atrajo el silencio a la *Santa Mariña*.

El viento despertó de su letargo en la vuelta, y las velas los arrimaron al Berbés antes de que desenmallaran todas las sardinas. Las *peixeiras* acudieron a su encuentro con las *patelas* apoyadas en la cadera. Recogían la carga sin apenas mirar a sus maridos y desaparecían en la oscuridad para rápidamente volver a aparecer, confundidas en un trajín de cuerpos sin aparente sentido. Poco tiempo después, la playa se quedó vacía.

Tras la abundante pesca del *axexo*, Germán esperaba que hubiera al menos un lance más. Estaba de pie sobre la arena, con el corazón latiéndole en las sienes y las piernas perdiendo la firmeza que habían mostrado en el mar. Aguardaba unas palabras del patrón, pero este pasó junto a él encandilado por el farol y ni si-

quiera lo miró. Germán lo vio perderse en la noche, como un *lu-
cecú* que se escapa, y la angustia le atenazó la garganta. Sus ojos
ya empezaban a humedecerse, cuando Evaristo se volvió hacia él.

*—Como non vaías descansar antes da alborada, de pouco me
has valer, mariñeiro.*

Germán se quedó paralizado, saboreando aquella palabra
como el más delicioso de los manjares. «*Mariñeiro.*» Llevó la
mirada a la ría, dejando que la brisa acariciara un rostro que el
salitre aún no había ajado, y deseó salir cuanto antes. Con esa
sensación, giró sobre sus talones y se encaminó hacia casa.

Ocurrió así esa noche, y así habría de ocurrir durante los años
venideros. Las olas del mar cantaban su nombre, pero su hogar
lo mantenía atado a la tierra. Y su hogar eran sus hijos. Cuando
regresaba tras varios días embarcado, les contaba que una sirena
se había enredado en el *xeito* y habían tenido que cuidarla antes
de devolverla al mar, o que habían descubierto una misteriosa
isla que no recogían los mapas. Los empujó a querer el mar sin
saberlo, bajo la mirada reprobatoria de su mujer y la sonrisa in-
dulgente de la abuela.

La abuela..., que pensaba que Sabela iba a ser cocinera o criada
de una buena familia. Ni con los mayores esfuerzos podría ha-
ber imaginado una vida mejor para su nieta: tales son los sueños
de los que tan poco tienen, de los que nada más conocen. La abue-
la..., que aún tejía y zurcía las redes con sus blandas y rugosas ma-
nos, sus dedos deslizándose con destreza hacia arriba y hacia aba-
jo, como si aguja, taco y navaja formaran parte de un baile cuyos
pasos dominaba a la perfección. Las recuerdo moviéndose depri-
sa, sin color, como proyectadas por un cinematógrafo. Aunque
quizá son mis propias manos las que hoy se mezclan con las suyas,
tan presentes y a la vez tan lejanas en un rincón de mi memoria.

Allí, Sabela miraba embelesada el ondular de la aguja en el
aire, y junto a ella, con sus grandes ojos y la boca abierta, Carmi-
ña. Pendida de Sabela como un amuleto, la niña a la que asom-
braba el girar del mundo crecía a su lado.